

UNA REVISTA EN LA ENCRUCIJADA: "ESTO ES" EN LA CAÍDA DEL PERONISMO. UN VANO INTENTO DE CONCILIACIÓN NACIONAL

Marisa G. Armida y Beatriz L. Filiberti
Universidad Nacional de Rosario (Argentina)
beafiliberti@gmail.com

Resumen

El semanario nacional ESTO ES nace al calor de la crisis del régimen peronista, atraviesa su caída y recorre los distintos momentos de la denominada "Revolución Libertadora". Desde una perspectiva que articula el análisis político-social y el lingüístico, vincularemos el cuerpo editorial del medio con este proceso de transformación sustancial de la realidad política argentina, que constituye el marco de las condiciones de producción del discurso periodístico. En este sentido, el estudio de las estrategias discursivas nos permite traducir los términos en que la revista como actor político participa y se sitúa en el proceso de construcción/reconstrucción de las identidades políticas puestos en juego en esta conflictiva coyuntura.

Palabras clave: revistas argentinas, peronismo-antiperonismo, identidad política.

Introducción

El derrocamiento del régimen peronista y el advenimiento de la denominada "Revolución Libertadora" marcaron un punto de ruptura en la sociedad argentina dando comienzo a una etapa caracterizada por una intensa inestabilidad política, principalmente ante la imposibilidad de resolución del conflicto peronismo-antiperonismo. Fracasado el proyecto lonardista, consistente en la aplicación de una política de conciliación con el sindicalismo peronista que permitiera la integración de este sector en el marco de las nuevas reglas del juego político, la llegada al poder de los sectores más furiosamente antiperonistas liderados por el general Aramburu, significaría la obturación de toda posibilidad de establecer acuerdos mínimos con los sectores vencidos, poniéndose en marcha una política cuyo objetivo fundamental era la explícita desaparición del peronismo, extirpando todo lo que a él remitiera no sólo en tanto que expresión política y proyecto social, sino además tratando de eliminar todo vestigio que de él pudiera quedar en el campo de lo simbólico.

La coalición antiperonista aglutinaba tanto a sectores del ejército como a los partidos que, bajo el régimen anterior, habían operado desde la oposición y que a partir del golpe se nuclearían en torno a la denominada "Junta Consultiva Nacional". Esta Junta, constituida en octubre de 1955, daba representación igualitaria a todas las agrupaciones políticas, por lo que algunos partidos minoritarios cobraron mayor relevancia que la que tenían en el escenario político nacional.

La heterogénea conformación de esta coalición determinaría que el fenómeno político-cultural antiperonista se constituyera de un modo *"...complejo, contradictorio y marcado por fuertes antagonismos, producto de proyectos e intereses encontrados que saldrían a la superficie durante estos años"* (1).

Desde septiembre de 1955 se abrió entonces una coyuntura donde no había lugar para las zonas grises. Si de un lado, la unidad originaria en torno al perentorio objetivo del derrocamiento de Perón se resquebrajaría paulatinamente por la ausencia de un proyecto unificador; del otro, los sectores peronistas se verían inmersos en un proceso en el cual las diferencias y matices quedaban momentáneamente salvadas por otra unidad sostenida por una instintiva voluntad de supervivencia; sin embargo, este enfrentamiento que a todas luces aparecía irreducible en el sistema político entre los dos polos de una antinomia que permeaba hasta los últimos rincones de la cotidianeidad, adquirió en algunos actores sociales o políticos un matiz distintivo en la medida que orientarían su acción hacia la construcción de un proyecto viable de "unidad nacional".

El pensamiento de la revista ESTO ES, que abordamos en este trabajo, se inscribe en esta línea, como un intento de rescatar dentro de cada uno de los términos antitéticos que se enfrentaban, aquellos elementos que posibilitaran una "conciliación condicionada" en una coyuntura en que las identidades estructuradas en torno al conflicto peronismo-antiperonismo se definían no sólo en el aspecto político y sindical sino también en el campo cultural.

Este semanario es abordado aquí desde una perspectiva que intenta articular un enfoque histórico social con elementos aportados por la teoría de los discursos sociales (2), dando cuenta del modo en que la revista va redefiniendo las posiciones de los distintos actores políticos en el nuevo escenario abierto a partir de la caída del peronismo. Desde este lugar de redefinición de las prácticas políticas y sociales, las premisas establecidas en el análisis discursivo nos permitirán el abordaje de los mecanismos simbólicos que constituyen el universo de los imaginarios colectivos.

El pensamiento de la revista ESTO ES, como en todo medio gráfico, se expresa en sus editoriales que, como bien señala Ricardo

Sidicaro en su análisis sobre el diario La Nación, son páginas “*de una obra mayor y provisoriamente interrumpida, puesta a consideración del público inmediatamente después de ser redactada*” (3) y su intención reside en el abordaje de temas de la realidad inmediata que se enmarcan en un contexto de referencias teóricas generales inscribiendo su discurso en conceptualizaciones globales sobre la actualidad social y política. Asimismo, las editoriales constituyen en la prensa escrita lo que Eliseo Verón denomina “el contrato de lectura”, es decir, el conjunto de las múltiples estructuras enunciativas que el medio propone al lector, en una relación que se establece en y por el discurso donde las modalidades discursivas de explicación, interrogación y prescripción se relacionan con entidades y colectivos que caracterizan el imaginario político y definen a sus destinatarios en tanto actores de su proyecto y en función del lugar que se le asignan en éste.

Con estas premisas, abordaremos aquí algunos nudos temáticos que mantienen una cierta regularidad discursiva: la construcción de un proyecto de sociedad; el rol que la clase obrera debe ocupar en dicha estructura social y una redefinición del pasado histórico nacional con el que explicar la conflictiva realidad y su proyección futura.

Un itinerario tumultuoso. La historia de la revista

ESTO ES hace su aparición, en forma de semanario, el 2 de diciembre de 1953, con una tirada de 100.000 ejemplares, extendiéndose su edición hasta fines del año 1957 (4), por lo que reconstruir su historia importa inscribirla en un período de alta conflictividad política donde la prensa escrita fue objeto de clausuras, intervenciones y autocensura, tanto bajo el régimen peronista como durante la “Revolución Libertadora”. En esta coyuntura el medio se vio sometido a situaciones diversas como la detención de su director en mayo de 1954 por “*desacato a la policía*”, así lo narra en su número 100 del 15 de noviembre de 1955 en el que, como número aniversario, hacía un recorrido por los momentos más importantes de la publicación. En diciembre de 1954, en el marco de la agudización del conflicto entre la Iglesia y el Estado, el gobierno lanza una ofensiva que incluye el cierre y la clausura de diversos medios de prensa, a la que no fue ajena la revista, si bien bajo una modalidad distinta. Debido a la publicación de una nota que el gobierno peronista consideró agravante (5), comenzó para el semanario lo que ellos mismos definieron como un “nuevo período borrascoso”, que abarcó los números 56 al 85, publicados entre enero y junio de 1955, hasta lo que el medio denominó, en su nº 100, “*el ‘New Look’, o segunda pacificación y conciliación nacional, después del 16 de junio de 1955 (donde) poco o nada dan los números de ESTO ES para la antología. Toda política y toda doctrina que puedan tener alusiones internas quedaron proscriptas. Ni siquiera había la esperanza de cerrar la revista y esperar. Porque hubiera seguido saliendo, sólo que sin el personal que la mantenía fuera de la ‘línea general’: con la misma cara de siempre, pero cada día más equívoca e insidiosa. Fue un breve interregno, durante el cual las notas sobre problemas económicos, edilicios y culturales mantuvieron esforzadamente el crédito de la revista a pesar del régimen de abstención impuesto*”.

La revista sufrió también los embates de la censura bajo el gobierno de la “Revolución Libertadora”. A partir del reemplazo del General Lonardi por el General Aramburu al frente del gobierno provisional, en el número 102 de noviembre de 1955, se suspendieron las editoriales, ocupando su lugar una sección denominada “*Apostillas de la semana*”, cambio que fue expresado en el nº 106 de diciembre de 1955 “como derivado de la necesidad de respetar los alcances del estado de sitio”.

Entre febrero y abril de 1956, el semanario dejó de publicarse y en el número 116 del 12 de abril de ese año, se mencionó por primera vez la intervención por parte del gobierno militar a la revista, apareciendo recién en el número 132 el nombre del interventor. En el número 151 de enero de 1957, cesó la referencia a la intervención y en el 153 se unificó la figura de interventor y de director en la persona de Ángel Sojo, quien se retiró de la revista en marzo de 1957 (6).

Considerándose inscrita en lo que en su primer número denominaba “*estilo periodístico de post guerra*”, definido como sencillo, objetivo y actual, ESTO ES expresaría, desde su denominación misma, la intención de constituirse en un espejo de la realidad argentina, mirador periodístico desde el cual contemplar “*el quehacer de los hombres que se mueven en la estremecida arena de la política*”, mostrando “*la colección de hechos, actitudes y gestos definidores de una actividad que tiene en la vida argentina una tradición que no se perderá*” (7). Es desde esta perspectiva que las páginas de la revista se nutrieron de análisis políticos y noticias de actualidad nacional e internacional firmadas no sólo por una vasta gama de periodistas, sino también por dirigentes políticos que a partir del proceso abierto por la “Revolución Libertadora” y abonando la declamada amplitud y objetividad del medio, expresaron sus opiniones acerca de la realidad política. Entre sus columnistas encontramos nombres como los de Mariano Montemayor, durante el período peronista y los primeros meses del gobierno militar y, Rogelio García Lupo, como analista de temas de política internacional. Luego de la caída del gobierno peronista, las páginas de la revista se abrieron para expresar las opiniones de figuras como Luciano Molinas, Arturo Frondizi, Cipriano Reyes, Ricardo Balbín, Marcelo Sánchez Sorondo, Victorio Codovilla y Américo Ghioldi, entre otros.

Un lugar para la clase obrera

El gobierno de la “Revolución Libertadora” albergaba –en sus inicios- dos corrientes nítidamente definidas. La primera, en la que se encontraba el Presidente Provisional, general Eduardo Lonardi y algunos de sus consejeros más cercanos, detentaba un proyecto que giraba en torno a la conciliación y a la unidad nacional. No impugnaba al régimen peronista en su conjunto, sino aquellos elementos que –desde esta visión- eran considerados “corruptos”, teniendo como objetivo principal mantener las conquistas más caras al movimiento obrero bajo ciertas condiciones.

Este proyecto encontraba como principal obstáculo las aspiraciones del otro sector que componía el gobierno, encabezado por el Almirante Isaac Rojas, que sostenía la necesidad no sólo de la desarticulación de las organizaciones políticas y sociales peronistas, sino la eliminación de todo aquello que remitiera al movimiento y a sus líderes, con el objetivo de constituirse en un gobierno de transición que abriera el camino a un proceso electoral “purificado” de las rémoras del régimen anterior.

Cohabitaban entonces en el gobierno militar sectores que propugnaban un liberalismo ortodoxo junto a una minoría que era la expresión oficial del nacionalismo católico. Anticipando la inminencia de un conflicto político inscripto en el origen mismo del proyecto y en el que la resolución de la cuestión sindical era de fundamental importancia, la revista necesita encontrar una explicación que exceda los límites de la coyuntura inmediata, para ahondar en las “verdaderas” causas que daban sentido al vasto apoyo de los trabajadores al peronismo; preocupación que se devela en el título del primer editorial posterior al golpe de septiembre, nº 94 del 4 de octubre de 1955, *“El bien común y los principios civilizadores están por encima de cualquier interés ideológico de clase”*. Veamos la cita:

“... Los trabajadores manuales no tienen ningún derecho a considerarse ellos solos el pueblo, ni siquiera la parte fundamental de él, menos aún a oprimir al resto de la sociedad, validos de su gran número o de una excepcional coyuntura política; pero tienen un derecho aún más alto que dimana del principio superior de la justicia social; son hijos de Dios, como todos los demás, argentinos, como los demás; y en el fondo, más desvalidos que los demás, los que pertenecen a la clase de los trabajadores intelectuales, que han fundado y organizado, con los comerciantes, sacerdotes, militares y propietarios y hombres de empresa en general esta magnífica, y a ratos desdichada, obra del genio humano que se llama civilización (...) El presidente provisional de la República ha proferido a este respecto una frase afortunada: ‘Encontrarán en mí un padre y un hermano’. Es la única actitud que cabe. No se puede ofrecer, como cualquier aventurero o paranoico, la espada y la corona al que sólo pide pan y dignidad (...) Este estrato social (la clase obrera), pues, fundamentalmente bueno en un 90 por ciento, sincero, cándido desprovisto de ambiciones –una de sus virtudes y a la vez de sus defectos, sin duda, necesita un trato fraterno e inclusive paternal. Hay que darle trabajo y dignificarlo por la propiedad, la cultura, la religión y el patriotismo, sin prometerle potestades que en ningún país nunca se le ha dado, que nunca pensó nadie honestamente en darle y que nunca podría ejercer sin la cooperación decisiva e inclusive prevalente de las demás clases sociales. Al lema del emperador depuesto, en suma ‘pan, circo y pornografía’ hay que sustituir por otro fundado en la libertad, la propiedad y la cultura”.

Si el peronismo había gobernado “en nombre” de los trabajadores éstos ahora no pueden mantener las mismas prerrogativas que el régimen anterior les había otorgado, para ello es necesario negar el estatus que habían adquirido y volver a ubicarlos en el “verdadero” lugar que deben tener en la sociedad. Así, para nombrar a los “trabajadores manuales” hay que negarlos: *“no tienen ningún derecho a considerarse ellos solos el pueblo”, “ni siquiera su parte fundamental”* y menos aún a ejercer un poder sostenido por su situación de mayoría numérica, poder que sólo había sido posible gracias a una *“excepcional coyuntura política”*. El único derecho que se les reconoce, y pueden compartir con los demás, es el de ser *“hijos de Dios”* y *“argentinos”*. Sin embargo, el uso de estas identidades colectivas no los igualan, porque *“en el fondo”* son más *“desvalidos”* que los demás, ya que no han participado de la construcción histórica de la civilización, atributo que sí detentan *“los demás”*, es decir los *“trabajadores intelectuales, comerciantes, sacerdotes, militares, propietarios y hombres de empresa”*. Así, el esquema societal inscripto en el discurso del medio se basa en la coexistencia de dos “clases” claramente definidas: la clase obrera y los sectores incluidos en la figura de *“los demás”*. En el discurso, el recurso de la negación no alcanza al *“principio superior de la justicia social”*, pero este principio sólo adquiere sentido vinculado a un origen divino y al ser nacional.

La referencia a las palabras de Lonardi *“encontrarán en mí un padre y un hermano”* implica la aceptación del ejercicio de un cierto paternalismo sobre las masas, pero no en el sentido que lo había hecho Perón *“como cualquier aventurero o paranoico”*. Lo que en realidad está en cuestión, es el poder que había adquirido la clase obrera bajo el peronismo –si bien mediatizado por las organizaciones sindicales y su burocracia- y es este lugar de poder el que la revista impugna; los términos *“espada”* y *“corona”* son atributos de *“un pueblo soberano”*, lugar que en la palabra del medio se revela excesivo para quienes sólo reclaman (y en realidad sólo merecen) *“pan”* y *“dignidad”*. En el discurso, la adjetivación a los obreros con términos tales como *“buenos en un 90 por ciento”, “sincero, cándido, desprovisto de ambiciones”* no se corresponde con un lugar de potestad en el sistema político, sino con un *“trato fraterno y paternal”* que *“es la única actitud que cabe”*. Este ideal de sociedad se funda, entonces, sobre un reconocimiento a los trabajadores que sólo adquiere sentido *“con la cooperación decisiva de las demás clases sociales”*.

Los destinatarios positivos de este discurso son, junto al general Lonardi, quien para la revista ha tomado la “única actitud” posible, los constructores de la civilización, la “otra clase”, interpelados en tercera persona y a quienes se prescribe “sustituir el lema de pan, circo y pornografía” por otro fundado en “la libertad, la propiedad y la cultura”. A través de estas formas nominalizadas, que sintetizan el pasado inmediato y el futuro posible, se pone en marcha un dispositivo de advertencia hacia los actores sociales considerados por el medio como los únicos capaces de liderar el nuevo proceso, tarea que reviste un carácter perentorio frente a la cuestión de reorganización de la central sindical y los gremios. La clase obrera se convierte entonces en paradestinatario del mensaje, susceptible aún de escuchar y comprender, destinatario posible de los argumentos esgrimidos por el medio, pudiendo sin embargo, de no aceptar el rol subordinado que se le asigna, convertirse en un destinatario negativo, como ya lo era Perón.

Una “revolución moral”

Una estructura metafórica da cuerpo al editorial que la revista titula, en su N^o 95 del 11 de octubre de 1955, “La hora de la moral”. Para explicar lo inexplicable, es en las formas del decir que asistimos a una particular construcción del peronismo a partir de la descripción de una sociedad que enfrenta, luego de una década, la “verdadera naturaleza” del régimen depuesto:

“El país asiste con estupor a la puesta en evidencia de la estructura íntima de un régimen que durante diez años tuvo al agobiador monopolio de la verdad, del bien y hasta de la belleza; que poseyó el privilegio del eterno acierto y del sentimiento patriótico; que cubrió a los que no creían en él, o simplemente disentían en algún aspecto secundario, con el baldón de la infamia y la mentira (...) El creador- y, a juzgar por las investigaciones, principal usufructuario- del régimen peronista hipnotizó a buena parte del pueblo durante todo este tiempo, que ahora ya parece un sueño triste, con lugares comunes, propaganda y sofismas. Cuando se haga el frío análisis del ideario peronista no se encontrará ciertamente un pensamiento político de calidad - entendiendo por ésta una adecuación de fines de circunstancias- sino un recetario de moral. Porque Perón tuvo la habilidad genial de ejecutar todas sus inmundicias y sus injusticias como si fueran realizaciones, precisamente, de la moral y de la justicia. Por ello, ambas virtudes cardinales para un recto ordenamiento social pueden haber quedado algo maltrechas en la valoración de algunos, pero al mismo tiempo, por una afortunada ley de compensación histórica, una gran parte del país siente una más que nunca acuciante sed de ellas. Cabría decir que la reconstrucción de la Nación debe ser, antes que nada, una reconstrucción moral”.

“Las dramáticas declaraciones del ex vicepresidente, Alberto Teisaire, no dejan ninguna duda acerca de las características internas del régimen que gobernó jactanciosa y agresivamente hasta hace un mes. La opinión pública de un país joven y sano, con una buena fe natural, ha contemplado la revelación de que “el Libertador de la Nación”, “el primer trabajador”, “el primer estudiante”, “el primer deportista”, “el primer educador”, “el primer periodista”, el puro, el genial, el único, el inimitable era un ser que mandaba quemar la bandera de la Patria, que ordenaba incendiar los templos, que acumulaba fortunas fabulosas, que no tenía sentimientos para nadie –ni para su madre- ni quería al país” (...) No cabe duda. Perón fue un genial jefe de pandilla que tuvo una particularísima habilidad para reclutar cómplices y sumir al país en una atmósfera de menosprecio de los valores morales y de la autenticidad de conducta.”

La hipótesis del “engaño de Perón” a las masas –recurso explicativo generalizado utilizado por la prensa de la época- debe ser extremada en su enunciación, apelándose a construcciones del orden de lo onírico. Sólo a través de la hipnosis fue posible sumir en un “sueño triste” a una considerable parte del pueblo durante tanto tiempo, llegando el “baldón de la infamia y la mentira” a cubrir a todos, inclusive a quienes no creyeron en el “eterno aserto” que a través del “agobiador monopolio de la verdad, del bien y hasta de la belleza” el propio régimen se había atribuido.

Sin embargo, para la revista no todo está perdido. El país despierta ahora de ese estado casi hipnótico en que durante tanto tiempo había permanecido como consecuencia de “la propaganda” y “los sofismas”. Si a través de la profusa utilización de la metáfora se aborda la descripción de la complicada arquitectura que destruyó a la nación, es mediante la apelación a términos del orden de lo moral que se proyecta la posibilidad de su reconstrucción.

Ese y no otro es el sentido que la revista le asigna a las “dramáticas declaraciones” públicas del ex vicepresidente Alberto Teisaire revelando que Perón había sido el verdadero instigador del incidente de la bandera (8) y que actúan para el medio como disparador de un discurso que se reconoce producto de una situación social y política que atraviesa un punto de inflexión, inmediatez desde la cual no es posible tomar una distancia que permita un análisis objetivo. Sin embargo, aun cuando ese análisis pueda ser realizado, tampoco será posible encontrar en la doctrina peronista “un pensamiento de calidad”, ya que toda ella es calificada como un mero “recetario de moral”, en el que sus términos aparecen totalmente invertidos, transformándose así en su opuesto: un compendio de la anti-moral. Para explicar la amplia adhesión que había suscitado el peronismo, se hace necesario des-cubrir la figura de su líder a través de un doble juego discursivo: en primer lugar, a partir de la enunciación de adjetivaciones cualitativas positivas, que potencian los aspectos negativos del líder, tales como “habilidad genial para ejecutar todas sus inmundicias”; “genial jefe de pandilla”; “particularísima habilidad para reclutar cómplices”, y en segundo lugar, a través

de la utilización de términos acuñados por la liturgia peronista, “primer trabajador”, “Libertador de la Nación”, “primer educador” que sirven en realidad para develar que lo que tenía de grande y de inimitable era su capacidad para realizar acciones tan “inmorales” como: “mandar quemar la bandera de la Patria”, “ordenar incendiar los templos” y “acumular fortunas fabulosas”.

La conclusión del editorial es más que elocuente:

“Hay que decirlo honradamente y muy alto. La Argentina debe meditar muy hondamente acerca de “la lección Perón”. No se trata tan sólo de poner en evidencia la maldad y deshonestidad de un hombre, sino de reflexionar acerca del aflojamiento de los resortes sociales que le permitió ser malvado y deshonesto durante diez años. Es hora, pues, de establecer la verdadera escala de valores. Después de la orgía de la arbitrariedad, la Nación suspira por el imperio del derecho. Después de la jarana de los corrompidos, la Nación exige el imperio de su tipo de hombre tradicional: noble, justo y valiente. La revolución libertadora -que será moral o no será- debe también producirse dentro del alma y la conciencia de cada uno de los argentinos”.

Apelando a metacolectivos singulares como “la Argentina” y “la Nación”, el medio se erige en enunciador pedagógico: ante las enseñanzas de la “lección Perón” es necesario una “lección moral” y advirtiendo que se “ha terminado la fiesta” reclama la urgencia de una reconstrucción moral del país, que debe ser producto de una honda reflexión y previa a la instauración de la democracia a la que sólo se alude en el nivel del deseo (“la Nación suspira por el imperio del derecho”), prescribiendo al “hombre tradicional: noble, justo y valiente” la imperativa tarea de producir en su “interior” la transformación ética que la hora exige.

La recuperación crítica de una línea histórica

La historia fue un recurso sistemático utilizado en el discurso de la prensa liberal de la época para reafirmar la tradición liberal-democrática en un trazo que partía de la independencia nacional, se encarnaba en la Generación del 37 a través de las figuras emblemáticas de Moreno, Echeverría, Alberdi y Sarmiento y se reconstruía en Caseros. Desde esta perspectiva historiográfica, la Revolución Libertadora se constituía, entonces, en un nuevo mojón que completaba aquella imaginaria línea Mayo-Caseros y en la que el peronismo representaba una disrupción histórica equiparable al rosismo.

Para el semanario ESTO ES, en cambio, la apelación a la historia será un recurso que le posibilitará diferenciarse de los sectores tributarios del ideario liberal integrantes de la alianza y cuyas confrontaciones principales en los albores del gobierno militar se dan en torno a la manera de resolver la cuestión sindical. La actitud conciliadora y “prudente” de la cúpula cegetista, la resistencia de grandes sectores de trabajadores peronistas por fuera de su dirigencia y las tomas y ocupaciones de sindicatos por parte de los llamados “sindicalistas libres” constituyeron el clima en el que se desarrollaría el primer 17 de octubre sin Perón. Este conflictivo escenario reflejaba las contradicciones inherentes a la alianza vencedora que aún no terminaba de definir el verdadero rumbo que adoptaría el gobierno provisional.

En este sentido es por demás ilustrativo el editorial número 96 del 18 de octubre de 1955 que aborda esta coyuntura con el sugestivo título: “¿Vuelta a 1943 o, después de Caseros, otra vez Pavón?”, soporte en el cual enunciador y destinatario se encuentran contruidos a partir de una imagen que remite a un conocimiento expreso de la historia argentina y que la revista presenta como un interrogante, debiéndose buscar la resolución del conflicto en el análisis de la historia nacional que se realiza de esta manera:

“Hay que ponerse en guardia, sin embargo, contra los que se apresuran a condenar íntegramente un régimen que cayó tanto por errores de conducción y abusos personales, como por haber defraudado su propia doctrina con una práctica contraria a los principios que proclamaba. Es legítimo sospechar del apresuramiento con que representantes del individualismo quieren anular instituciones fundadas en un recto pensamiento social (no decimos expresamente “socialista” para no hacer aún más espesa la confusión), y con que representantes de un progresismo en el que se mezclan restos del despotismo ilustrado liberal e influencias del comunismo moderno impugnan el respeto a la tradición de Occidente y de nuestro país que inspiró parte de la acción y la legislación del régimen depuesto, por lo menos en sus primeros tiempos. Nosotros no miramos a los intereses de fracciones y sí a los principios fundamentales de nuestra civilización. Las palabras no nos embriagan ni nos intimidan, y en todos los casos tratamos de ver las cosas como son y no como deseamos nosotros u otros que sean. Por eso nos sentimos compelidos a subrayar algunos pormenores capitales del cuadro político argentino. El movimiento del 16 de septiembre, en primer término se parece bastante a Caseros (...), del mismo modo que Perón representaba cabalmente el desquite de Caseros. Fue un movimiento excéntrico, contra un hombre que, cumplida, mal o bien, su misión, aferrábase a una desastrosa supervivencia. No quiere decir esto que pongamos la calidad moral de ambos personajes en el mismo plano estimativo. Uno representaba a una sociedad más bien austera aunque caduca; el otro, a una sociedad hondamente sometida a un proceso de corrupción, al principio larvado y luego, en los últimos treinta años, cínicamente visible, porque ya los viejos caballeros de la “oligarquía”, que al menos sabían guardar las formas, empezaron a ser reemplazados por gente que nunca había tenido la mínima representación de eso que se llama decoro. Inútil es recordar cómo este proceso se aceleró en los últimos cinco años (...) Subrayada así la índole corrupta de nuestro reciente pasado

político desde mucho antes de 1943, podemos reanudar el hilo de los paralelismos históricos (...) El régimen peronista cayó por su misma inconsistencia moral bajo el embate de las pocas fuerzas que aún quedaban sanas en el país, comandadas por un grupo de jefes pertenecientes a la generación política surgida después de 1943, que veían cómo la revolución que ellos mismos habían contribuido a desencadenar y consolidar era desvirtuada por la corrupción y la insanía. (...) No debe olvidarse tampoco que a Caseros siguió Pavón, vale decir el triunfo de grupos ideológicos coherentes contra las falanges valerosas pero desorganizadas, de los civiles intelectuales contra los militares de provincia y de campaña (...) Pero Pavón significó también el sacrificio de la campaña y el interior, en beneficio exclusivo de la ciudad portuaria (...) La lección de la historia en estos casos –que enseña que lo que siembran y riegan unos con su sangre, cosechan otros con su hoz (y a veces también con su martillo)- debe ser bien aprendida. Así como el ámbito del país no termina en la General Paz tampoco su historia se interrumpe en 1943. Estos doce últimos años han tenido también su parte de castigo. Los Atilas no caen sobre sociedades sanas y libres de culpas. El hecho de que los focos revolucionarios se encendieran muy lejos de la Capital y de que en torno de ésta subsista el denso cinturón proletario –de campesinos desarraigados- invita a una madura reflexión a los que creen, después de un nuevo Pavón, que sería fácil lograr otros noventa años de existencia más o menos estable de paz y progreso”.

Si el momento político impone relativizar el protagonismo que los sectores liberales, “representantes del individualismo”, tuvieron en el derrocamiento de Perón, también se hace necesario adoptar una actitud defensiva poniéndose en “guardia” contra los que impugnan al peronismo “íntegramente”. La distinción entre la doctrina y la práctica del gobierno peronista, resguardando la primera y adjetivando negativamente la segunda, le permiten a la revista explicar que los acontecimientos de septiembre fueron producto de las propias “*inconsistencias morales*” del régimen, pero que deben preservarse “*las instituciones fundadas en un recto pensamiento social*”, pensamiento en el que el peronismo había abrevado en sus “primeros tiempos” construyendo una ingeniería institucional inscrita en la tradición occidental y cristiana. La preocupación de la revista acerca de la posibilidad de que sectores ligados a la izquierda asaltaran las posiciones gremiales dejadas vacantes por el peronismo, le hace “sospechar” de las verdaderas intenciones de algunos grupos que intentaban desarticular la totalidad del andamiaje sindical del régimen depuesto.

Los destinatarios se van ubicando así en otros lugares. Un “nosotros” colectivo identifica a la revista con aquellos que participan de la “civilización”. Los sectores liberales de la alianza vencedora se han convertido en paradesinatarios del mensaje y deben ser persuadidos de retomar algunos principios rectores que sostuvieron la doctrina del régimen depuesto y que la revista comparte. Desde un mirador que le permite “*ver las cosas como son y no como deseamos nosotros u otros que sean*”, se sitúa como enunciador pedagógico para dar cuenta del “*cuadro político argentino*” adquiriendo la historia, en ese dispositivo discursivo, una condición instrumental que permite articular aquellos principios generales con la resolución de una coyuntura política que se estaba definiendo.

Si bien la revista comparte algunos hitos históricos con la tradición liberal, es a partir de la relectura que hace de los mismos, donde se revelan las profundas diferenciadas ideológicas que tiene el medio con aquella concepción. La sociedad dejada por el peronismo se había visto “*sometida a un proceso de corrupción*” cuyos orígenes se posicionan mucho antes de 1945, haciéndose ya “visibles” con el surgimiento del yrigoyenismo (al que no nombra), porque éste permitió el acceso de sectores subalternos a quienes “*... nunca había(n) tenido la mínima representación de eso que se llama decoro*” a lugares de poder que antes ocupaba la oligarquía, quien por lo menos “*guardaba las formas*”. Este proceso de decadencia, para ESTO ES, había intentado ser revertido por la generación que irrumpió en la escena política en 1943, pero que vio defraudada sus expectativas por la “corrupción y la insanía” en las que derivó el peronismo. Recuperar el 43, sin Perón, es evitar un nuevo Pavón, es decir, impedir la hegemonía de los “*liberales ilustrados*”, rescatando de esta manera la rectificación histórica que propugnaba el Ionardismo, es decir el retorno al período 1943-1946.

Como producto de un proceso larvado de decadencia moral la sociedad argentina no llega “*sana y libre de culpa al 55*”, otras oposiciones han preñado su historia: si Caseros es nominalizado a partir de “*las falanges valerosas pero desorganizadas*”, “*los militares de provincia y de campaña*” y “*el sacrificio de la campaña y del interior*” su opuesto, Pavón, es el triunfo de los “*grupos ideológicos coherentes*”, de los “*civiles intelectuales*” y de “*la ciudad portuaria*”. La reconstrucción de “la Nación” aparece como una tarea que debe hacerse a la luz de Caseros, sin “vencedores ni vencidos”; prescripción que debe ser reforzada con una advertencia frente al peligro que significa la concentración de grandes contingentes de campesinos desarraigados de sus provincias en torno al cordón industrial del Gran Buenos Aires, fuera del control de los aparatos sindicales del peronismo y a merced de ser “*cosechados por la hoz, y a veces también, por el martillo*”. Desde ambos arcos ideológicos, liberalismo y comunismo, en distintas gradaciones, representaban una amenaza posible si, efectivamente, a la Revolución Libertadora le sucedía un nuevo Pavón.

Algunas consideraciones finales sobre un proyecto trunco

Alain Rouquié definió al proyecto de gobierno de Lonardi como “la imposible revolución nacional” (9), es decir, el frustrado intento de conciliación con los sectores del peronismo en un contexto donde la alianza “Libertadora” mayoritariamente sólo veía posible el desmantelamiento total del aparato estatal del régimen depuesto en todos sus aspectos (partidos, CGT, organismos económicos, medios de comunicación). Y este es el contexto de producción donde se inscriben los discursos editoriales analizados.

La concepción de la historia y el lugar que debe ocupar la clase obrera dentro de un ordenamiento que privilegia la “moral y la ética”, son “traducidos” por el medio a través de estructuras discursivas que redefinen conceptos propios del imaginario liberal, pero en las cuales se sostiene un proyecto nacional que abreva en la legislación social que comenzó a delinearse a partir de 1943. Una difícil asociación de opuestos que sólo puede ser salvada si se apela a una concepción teleológica que esté más allá de las pasiones políticas e ideológicas, para dar lugar a una concepción orgánica de la sociedad que privilegia la concordia, incluso impuesta, la subordinación regulada y controlada de las partes al todo.

El triunfo de los sectores liberales de la alianza a mediados de noviembre de 1955 con la destitución de Lonardi y el ascenso de Aramburu, echa por tierra con los anhelos de conciliación nacional expresados por la revista, quien silencia su voz suspendiendo los editoriales y publicando en su lugar lo que dio en llamar “Apostillas de la Semana”, que fueron explicitadas a su público como una suspensión temporal, parcial y voluntaria en espera del reestablecimiento de la “*plenitud del orden jurídico*”. Cuando así fuera –como dicen en su nº 106- volverían a “*expresar (su) opinión sobre los acontecimientos capitales del país, de acuerdo con (su) concepto de que la democracia debe aferrarse hasta el último momento a los principios de libertad, dignidad del ser humano y respeto a la voluntad mayoritaria del pueblo, aunque para ello tenga que sacrificar inclusive, los derechos de la victoria*”.

Los editoriales comenzaron a publicarse nuevamente en marzo de 1957, en el nº 159, después de un largo período de intervención, momento para el cual el perfil ideológico de la revista había cambiado significativamente, dejando de publicarse en agosto de 1957. A partir de allí, la inicial línea editorial cambia su marca por “Mayoría”, sugestivo título para un medio que se convertirá junto al semanario “Qué”, en instrumento de apoyo y difusión del proyecto frondicista.

Notas

- (1) Spinelli, María Estela, “La ‘Revolución Libertadora’; Proyección política. Un análisis sobre su lugar en la historiografía” en: Spinelli, M. E. y otras (compiladoras), *La Conformación de las Identidades Políticas en la Argentina del siglo XX*, UNCo, UNTandil y UNMP, Córdoba, 2000, Pág. 190.
- (2) Verón. Eliseo, *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Gedisa Editorial, Barcelona, 1988.
- (3) Sidicaro, Ricardo, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Editorial Sudamericana, Bs. As., 1993, págs. 7/13.
- (4) Según la revista Primera Plana (nº 103 del 27/10/64, pág. 32), ESTO ES y DE FRENTE representaban dos matices dentro del peronismo, siendo la primera respaldada por un sector de la burguesía industrial acaudillada por Jorge Antonio y dirigida por un “católico pecador”, como le gustaba autodefinirse a Tulio Jacovella. Pero ESTO ES reaparece durante el gobierno de la Revolución Libertadora. El periodista Rogelio García Lupo, colaborador del medio durante 1956, confirmó a estas autoras que en el año 1955 la dirección de la revista estaba a cargo de Tulio Jacovella, pasando a ser dirigida hacia 1956 por el abogado José Tomás Sojo. Si bien García Lupo no asegura que el semanario fuera financiado directamente por Jorge Antonio, sostiene que la firma Mercedes Benz publicitaba en la revista y el importador era precisamente Antonio. Después de septiembre de 1955, García Lupo confirmó lo que ESTO ES explica en varios de sus editoriales en el sentido de que la revista se editaba prácticamente sin capital hasta su desaparición. Intercambio de e-mails con Rogelio García Lupo, agosto 2001.
- (5) El incidente se generó a raíz de la publicación en el número 55, enero de 1955, de la fotografía de una multitud reunida en Plaza de Mayo en ocasión del día de la Inmaculada Concepción bajo el título de “La Historia Grande” que se contraponía con una foto del General Perón en una disputa de esgrima rotulada “La Historia Menuda”, ESTO ES, N° 100, pág. 23.
- (6) En el N° 116, ante las declaraciones formuladas en diversos diarios por el ex director de la revista Tulio Jacovella, ESTO ES da a conocer algunos documentos que a su entender “*fundamentan la intervención*”, que sigue su curso. Los documentos referidos son 6 facsímiles de cartas con distintas fechas (desde marzo de 1950 hasta diciembre de 1952), firmados por Tulio Jacovella, elogiosas cartas dirigidas a Juan Duarte y a Juan Perón. Desde la intervención se acusaba a su ex director Jacovella de haber tenido una “*oculta posición política*”, expresando que la relación entre éste y Antonio se terminó cuando éste consideró que “*su socio periodista le costaba demasiado dinero. Ocurrió tal cosa dos meses antes de la entrada en coma del ‘justicialismo’, pantalla que sirvió para cubrir manejos reñidos con la ética*”, confirmando los prespuestos de García Lupo cuando refiere a Jacovella como “*un hombre muy rápido con el dinero y (que) quedó pegado a varios negociados de la década peronista, según mi memoria relacionados, en algún caso, con Jorge Antonio*”. Intercambio de e-mail citado.
- (7) ESTO ES, N° 1, 2 de diciembre de 1953.
- (8) En el marco de la agudización del conflicto entre el gobierno peronista y la Iglesia, la celebración del día de Corpus Christi el 11 de junio de 1955, se

transformó en una manifestación que adquirió las características de un verdadero y multitudinario acto opositor, durante el cual algunos manifestantes arriaron la bandera argentina frente al Congreso colocando en su lugar la bandera del Vaticano e incendiando la insignia nacional. Este hecho se convirtió en un asunto de Estado que tuvo gran repercusión y cuya autoría fue atribuida por el gobierno a militantes católicos y que la oposición denunciaba como un acto de provocación instigado por sectores ligados al gobierno y ejecutado por la Policía Federal.

(9) Rouquié, Alain, *Poder Militar y Sociedad Política en la Argentina*, Tomo II, Hyspamérica, Bs. As., 1986, págs. 122/128.

Bibliografía

Baczko, Bronislaw, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1994.

Bobbio, Norberto, *Liberalismo y Democracia*, FCE, Buenos Aires, 1992.

Rouquié, Alain, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, tomo 2, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

Sarlo, Beatriz, *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Editorial Ariel, Bs. As., 2001.

Sidicaro, Ricardo, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación, 1909-1989*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993.

Smulovitz, Catalina, "En búsqueda de la fórmula perdida", *Desarrollo Económico*, nº 121, 1991.

Sigal, Silvia y Verón, Eliseo, "Perón o Muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista", Editorial Legasa, Buenos Aires, 1985.

Spinelli, María Estela, et al., "La conformación de las identidades políticas en la Argentina del siglo XX", UNCo, UNTandil y UNMP, Córdoba, 2000.

Verón, Eliseo: *La Semiosis Social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Gedisa Editorial, Barcelona 1988.

"El análisis del contrato de lectura: Un nuevo método para los estudios de posicionamiento en los soportes de los media", Versión en mimeo s/f, traducida del francés por Lucrecia Escudero de Les medias: *Experiencias recherches actualles, applications*, IREP, París, 1985.

"La palabra adversativa" en Verón, E. et al. *El discurso político, lengua y acontecimiento*, Editorial Hachette, Buenos Aires, 1987.